

cia de la humanidad: ella lo llena todo, y con ella todo se alcanza; porque es un hecho gigante en la historia, una convicción eterna en la conciencia, una idea luminosa en la filosofía. Que acepte, pues, la Teología; que se arroje en sus amantes brazos, y ella calmará las angustias de su razón y ella enjugará sus lágrimas.

Solamente el siglo XIX será grande y glorioso cuando sea un siglo teológico. Recordemos, Excmo. Sr., que esos siglos, como el IV, el V, el XIII y XVII, ocuparon un lugar distinguido en la historia por sus grandes caracteres, sus importantes instituciones, su unidad de espíritu y robustez de pensamiento. Todo anuncia entre nosotros una época teológica: la importancia de las cuestiones que se plantean, las angustias de la razón en presencia de ellas, y una voz autorizada, poderosa, unánime, la voz de la ciencia, que se levanta pidiendo un orden sobrenatural como única salvación del mundo, combatido por la filosofía y amenazado por la revolución social. ¿Pero llegará esto á verificarse? ¿Será nuestro siglo teológico?

¡Oh, qué magnífico porvenir si de este modo aconteciera! Los esfuerzos del pensamiento premiados con la evidencia de la esperanza; la ciencia abrazada con la religión, tendida como fácil sendero entre el cielo y la tierra; el genio, hecho quizá patrimonio de muchos por la facilidad de la intuición, tocando los fronteras de la ciencia humana, y arrodillado en esos límites, con el pecho encendido y vislumbrando su mente océanos de luz, confesar á Dios como Santo Tomás, como Newton, como Pascal. La práctica, armonizada con la teoría, ofreciera en ese caso la superabundancia de paz y felicidad existentes en las regiones del espíritu, y una ciencia completa en cuanto alcanzamos, verdaderamente racional y armónica, produciría, no lo dudemos, una civilización rica, poderosa y perfecta.

Así, después de reformar el presente, aseguraría ese porvenir, que buscan en vano por tan estrañas sendas las escuelas panteístas. Tal será, si se la acepta, la obra de la Teología en el siglo XIX. Júzguese ahora de su importancia. He dicho.

RAFAEL CONDE Y LUQUE.



xrite

colorchecker CLASSIC



~~76-26-n=J.~~

21 48-2-20-21

IMPORTANCIA DE LA TEOLOGÍA EN EL SIGLO XIX.

DISCURSO

LEIDO

ANTE EL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL,

por el licenciado en sagrada teología

**D. RAFAEL CONDE Y LUQUE,**

EN EL ACTO SOLEMNE

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

EN LA MISMA FACULTAD.

Fo  
920  
(40)



MADRID.—1859.

Imprenta de J. Antonio García, Puebla, núm. 19, esquina á la Corredora.

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE





IMPORTANCIA DE LA TEOLOGÍA EN EL SIGLO XIX

# DISCURSO

LEÍDO

ANTE EL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

por el licenciado en ciencias teológicas

## D. RAFAEL GONDE Y LUQUE,

DE LA FACULTAD DE

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

EN LA MISMA FACULTAD.



MADRID - 1853

Imprenta de J. Antonio García, Calle de San Mateo, número 12.



f.º  
920  
(410)

AL EMMO. SR. CARDENAL ARZOBISPO DE SEVILLA.

*Aceptad, Emmo. Sr., este mi pobre trabajo. Es-  
caso de mérito y de belleza, es, sin embargo, lo mas  
puro y digno que puede ofrecer á V. Ema. su siem-  
pre agradecido y respetuoso servidor que B. S. A.*

RAFAEL CONDE Y LUQUE.



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5316095865

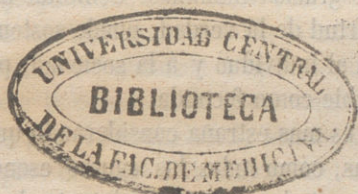


AL SEÑOR SR. GABRIEL ARBOREDO DE SEVILLA

Acepto, Señor, este mi pobre trabajo. Es  
caso de mérito y de belleza, es, sin embargo, lo más  
puro y digno que puede ofrecer a V. Hinc. sin sim-  
que agradezca y respicte a V. S. A.

Madrid, febrero 18 de 1848.





EXCMO. É ILMO. SR.

Para conocer á fondo la cuestion que debo tratar, cuyo interés se revela en su misma enunciaci3n, á saber, cuál sea la **IMPORTANCIA DE LA TEOLOGÍA EN EL SIGLO XIX**; para adquirir acerca de ella un cabal conocimiento, ilustrando el juicio convenientemente, es necesario examinar con detencion las partes que la constituyen. Asunto es este que, ya por la importancia de las materias sobre que versa, ó por las convicciones que toca, ó por las preocupaciones que hiere, ó por las pasiones que levanta, alcanzaria en un juicio universal diferentes y aun contrarios pareceres; y es que este juicio ha de apoyarse en un profundo conocimiento de la Teología y de la época presente.

Y aquí las dificultades crecen y se espesan las sombras que envuelven la verdad. Tarea árdua es para la razon moderna el exacto conocimiento de esta ciencia sublime y del siglo XIX; de aquella, por los recelos y antipatías que lleva consigo; de este, porque es sobremanera difícil, al intentar juzgarlo, desprenderse de las fuertes simpatías que escita, y evitar la influencia de la pasion.

¿Será cierto, como ha dicho Donoso Cortés, que el hombre está reñido con la verdad? Impulsa á creerlo así la situacion de los entendimientos con respecto á la Teología. Basta nombrarla para que se alcen las preocupaciones que por espacio de dos siglos aquejaron al espíritu humano. Un invencible hecho advierte á sus enemigos, dije mal, á los que la ignoran, su principal carácter, á saber, la universalidad de su influjo, y



lo confiesan al presentarla como verdugo de la razon, como causa no insignificante de las desgracias humanas. Debieran advertir que solo una virtud poderosa, la virtud de la verdad, puede sostener una idea que por largo tiempo alimenta al individuo y á la sociedad, personificada en una institucion tan inmutable como fecunda.

Y esta ignorancia es mas estraña considerando que la Teología, como todas las grandes ideas, como todas las causas esenciales, basta mirarla para conocerla. No ha estado un instante latente desde que la escuchó el mundo asombrado de la boca de Jesucristo. Porque si existe alguna cosa verdaderamente notable hace diez y nueve siglos en la historia de la inteligencia, es sin duda alguna esa nueva enseñanza que en luminosas y desconocidas ideas esparcieron en la conciencia San Pablo y los sagrados escritores, que ordenó en cuerpo científico la escuela cristiana de Alejandría, que mas tarde desarrollaron San Juan Damasceno, Tajon y Pedro Lombardo, que elevó á síntesis sublime Santo Tomás de Aquino, que robustecieron en la lucha de la reforma Suarez y Belarmino, que fecundaron con la filosofia cartesiana Bossuet, Fenelon y Malebranche; esa ciencia, cuyo desprecio pagó el mundo con terribles sufrimientos en el pasado siglo, y que sentada con magestad entre los trofeos de su historia durante la sustanciacion de su causa, aguardó á la virilidad de la nueva ciencia para recibir en nombre de la razon ilustrada el beso de paz de los labios de Humbold y de Cuvier; esa ciencia que, tremolando hoy como en todos los siglos la bandera de la verdad y de la razon, enseña gloriosa que sustentaron las robustas manos de Perrone, de Wiseman, de Balmes, de Nicolás, de Maret y de otras poderosas inteligencias, ofrece al espíritu del hombre, enriquecido con sus triunfos, el firme establecimiento y estension de sus conquistas en bien de la sociedad presente y del misterioso porvenir.

Y sin embargo de los grandes caractéres de la Teología, de su poderosa accion en la historia, y de su altísima importancia en nuestra época, se la trata hoy con marcada indiferencia y desvío. Esto basta para asegurar que el siglo actual se conoce poco á sí mismo, y que se engaña en la cuestion mas importante de cuantas se propone. No, Excmo. Sr.: la razon moderna no conoce aun esa ciencia sublime; si la conociera, la seguiria. Entre las glorias que la envanece, entre las joyas que componen su tesoro, no cuenta la Teología católica: solo tiene para ella la indiferencia, y cuando mas, ese recuerdo grave y sosegado que escita una cosa antigua, de bondad relativa, cuya existencia se limitó á cierta época determinada, aquella, por ejemplo, que comprende la infancia de las sociedades. De este juicio deduce la razon que su mentida independenciam es un progreso, y marcha con esfuerzo digno de mejor causa en pos de un encantador fantasma, á realizar no sé qué grandioso y seguro porvenir, des-



cubierto allá en sus sueños de gloria por alguna imaginación calenturienta. Y si vierte sangre esa profunda herida, que solo pueden curar las aguas de la fe, si la aqueja su impotencia, si choca contra sus límites, si divisa en lontananza las sombras que esconden la inmensidad que ignora, negará lo que sus fuerzas no alcancen ó fijará en un momento futuro y con mas grados de poder la conquista de lo inconquistable. Por eso el siglo XIX, dominado aun por el racionalismo, siente imperiosas necesidades, cuya satisfacción pide en vano á las fuerzas del espíritu: en su seno, ora parecido al caos, ora á un fecundísimo germen, se agitan elementos de verdadero poder y de dolorosa postración: sus riquezas lo abruman, porque le falta la ancha base que ha de sostener el edificio. Así, pálido por las vigiliass, fatigado por el trabajo é inquieto por su destino, se adelanta por inciertas vías, gravados sus hombros, mas que con el peso de sus triunfos, con la inmensa pesadumbre de los dolores humanos.

Urge, pues, para ver claro en la tésis presente, conocer los caracteres esenciales de la Teología, y en el exámen de nuestra época hacerse cargo de las principales necesidades del siglo, mediante una observación atenta de sus tendencias y del estado de la razón. Colocando de este modo la una al lado del otro, será fácil distinguir las relaciones que existen entre la enfermedad y su única medicina, la armonía ó disonancia que las une ó las separa.

Hay, Excmo. Sr., en el mundo moral una idea vasta hasta el infinito, de fecundidad prodigiosa, é inmutable, necesaria, eterna; la existencia de Dios. Ella, como todas las ideas, afirma un hecho, manifiesta una realidad, constituye una verdad. Pero ella además, sobre todas esas parciales afirmaciones, sobre tantas varias percepciones del ser, comprendiendo en su esfera la fuente de la existencia, trae á la conciencia humana el principal elemento, el terreno primario de ese otro mundo de las ideas, mas grande, mas fecundo que el material, en donde la inteligencia del hombre tiene su elevado solio y sus durísimas cadenas, sus inmarcesibles glorias y sus baldones é infortunios. Siendo Dios el primero en el orden de los seres, la idea que establece su existencia es, además de la mas universal, la primera de la metafísica y por consiguiente de la ciencia humana. De este modo la verdad de la existencia de Dios viene á ser el sólido fundamento de los humanos conocimientos, del orden metafísico, del orden moral, y aunque mas indirectamente, de los conocimientos naturales y exactos. Ella es el centro donde gravita nuestra razón, como Dios es aquel hácia el cual gravitan con irresistible tendencia todas las existencias; ella es el sol de la conciencia, la paz del alma y el fuego sagrado que arde inextinguible en nuestro corazón.

Pero esta idea, en toda su admirable fecundidad y grandeza, no es una conquista de la inteligencia humana, ni esmalta la corona de sus



triumfos; todo lo contrario. Despertando fuertemente su actividad y escitada por el sentimiento, persigue sin cesar esa verdad, que hace palpar su ser, que, predicada elocuentemente por la creacion, ve dentro de sí misma y en cuanto le rodea, que llena la atmósfera en que vive, y se desborda en la conciencia. Y en vano bate sus alas para remontarse á tan encumbrada altura. Se agita, forceja por descifrar el enigma que la atrae, y cae desfallecida en medio del camino, vislumbrando solamente su objeto y conociendo una parte de ese divino secreto que cantan en perpétuo himno los cielos y la tierra. La historia del espíritu humano atestigua esa verdad. Platon, el gigante de la antigua filosofía, es un pigmeo á la luz de la revelacion; llegó á concebir el Dios cristiano con algunos de sus atributos, y ofreció al entendimiento extraviado la mutilacion de esa verdad que guardaba en su oscuro seno la tradicion. Así es como la idea de Dios incompleta, falsificada por la ignorancia, fué estéril para el hombre, y aun lo perjudicó notablemente; porque la filosofía empleó para el mal los elementos del bien, se sirvió de los restos de esa gran verdad para levantar el error sobre sus ruinas, y enmascaró con la santidad todos los extravíos. Y es que el hombre no puede remontarse solo hasta Dios, porque faltando la relacion, el lazo que une tan separados extremos, falta la abriantada escala que une la tierra con el cielo, y lo finito es oprimido por lo infinito y cegado por los resplandores de su gloria.

Este necesario lazo es la revelacion. La revelacion es una enseñanza para el hombre, y además un eficaz auxilio para su espíritu. Con la primera aprende como humilde discípulo; con el segundo se convierte, mediante esa ilustracion, en creador, proclamando tambien al crear la armonía de la fe con su naturaleza y con su libertad moral. Porque nada hay forzado ni violento en la revelacion. La fe ofrece una verdad á la inteligencia, y precisamente cuando ignoradas é importantes ideas proyectan una terrible noche en el pensamiento; pero si esa verdad está velada, si la envuelven las sombras del misterio y no la alcanzan los criterios humanos, el criterio divino viene en auxilio de la razon. Creer, pues, es conocer, y la creencia es tan natural, tan racional, un hecho tan psicológico como el conocimiento. Que Dios ha hablado, basta la crítica humana para conocerlo, y una vez en posesion de esta certeza es locura inconcebible recusar la autoridad. Confesemos, sin embargo, que es necesario el corazon para llevar á cabo la obra. Hé aqui la verdadera maravilla, la armonía entre la razon y el sentimiento: hé aquí al instinto recto del corazon elevado á la conciencia, y la idea sostenida por una pasion eminentemente natural, noble, constante y sosegada; la fe ó la pasion divina.

Completado el ser racional con la fe, este nuevo sentido, como le llama un hombre ilustre, con el cual se dispone á un nuevo conocimiento, la



primera idea que se presenta á la inteligencia es la de un Dios libre en el desarrollo y manifestacion de sus atributos. De esta verdad va á surgir la mas hermosa creacion del entendimiento: el raciocinio va á crear una nueva ciencia, la Teología.

Un Dios infinito, personal, bastándose á sí mismo en una vida perfecta, cerrando el inmenso océano de la existencia con los diques de una voluntad omnipotente y perfectamente libre, realiza en el principio del tiempo su atributo de Criador, no desarrollando su esencia incomunicable, sino poniendo un inmenso poder al servicio de su soberana voluntad. Fecunda la nada con la virtud de su palabra, ordena el caos y arroja innumerables existencias en el vacío, que no son Él, aunque por Él y en Él existan. Con esta enseñanza, el panteísmo, ese error madre, ese perpétuo extravío del entendimiento queda destruido por su base, y se alza en la conciencia con las ideas de un mundo y hombre criados, las de sumision, de dependencia, de veneracion y de culto; en una palabra, la nocion eterna de justicia, el orden moral y el religioso.

La soberbia precipita al hombre inteligente y feliz, y en la primera desobediencia llora el abuso de su libertad entre las penas fulminadas contra su raza. Su trono se derrumba, se quebrantan las armonías, la de Dios con el hombre y la de éste consigo mismo, y el pecado original introduce en el mundo un elemento extraño que turbó profundamente la eternidad; el mal. El dualismo, esa monstruosa creacion de la ignorancia humana, queda igualmente destruido, y aclarado el enigma que atormentó á la filosofía antigua y confunde hoy á la moderna.

Luego el mal no es un principio eterno, como habia dicho la antigüedad; es sí, un fatal accidente, extraño al orden original, una torpe mancha que anubló la belleza de la Creacion, quebrantando la primordial armonía; es hijo del hombre, mónstruo abortado por la soberbia con el don de la fecundidad. Las contradicciones humanas, la lucha que lleva el hombre dentro de sí mismo, el imperio de sus pasiones, la esclavitud de su razon, su ignorancia, su perpétuo y estéril trabajo, sus aspiraciones sublimes, sus acerbos dolores y su perpétuo llanto; hé aquí las rigorosas deducciones de este fecundo principio, que envuelve el profundo conocimiento del individuo.

Pero ved como un hecho y un raciocinio derivan de este principio una ciencia de altísima importancia. La familia se constituye por la union de esos dañados elementos, y el compuesto abundará naturalmente en las cualidades de sus partes: la familia humana es, pues, lo que el individuo. Pero ¿qué es la sociedad sino la suma de las familias? La lucha, el antagonismo individual, trasladado á la sociedad, desarrolla indefinidamente en el comercio de los espíritus las esferas del bien y del mal. Nuevas relaciones piden necesidades nuevas: el contacto, el estímulo, encienden las



pasiones, precipitan el curso de la vida, y desenvolviendo de mil maneras la actividad, preparan y desarrollan la civilizacion, que no es sino los progresos de la sociedad en la destruccion de la antinomia humana. Esta sociedad vive, y hé aquí la historia con su perpétuo drama y su ignorado desenlace. Pero en toda ella la asociacion es lo que el individuo, con mas las complicaciones de su nuevo modo de existir: la preponderancia de las pasiones sobre la razon, exacerbada con el choque continuo, engendran una tendencia fatal y el constante predominio del mal sobre el bien. De aquí la necesidad de limitar la actividad para robustecer el derecho, ó la necesidad de las leyes, que suponen la autoridad, la soberanía. Y ved á Dios en la sociedad como en el corazon del hombre. De aquí tambien una utilisima verdad, á saber: que en la sociedad hay una ~~suma~~<sup>suma</sup> de mal constante é inevitable, como radicado en la naturaleza, y que luchar por destruirlo es locura manifiesta y peligroso empeño; y que hay tambien una porcion de mal transitorio, accidental, cuya atenuacion es el objeto de los asociados y del legislador. Esta es la ancha base de la verdadera ciencia social y politica. Todo lo que en esta materia no se apoye en ese fundamento, tiende á labrar la humana desventura y acibara los dolores del hombre con el sarcasmo de una felicidad quimérica.

Un Dios sin Providencia es inconcebible, es una contradiccion. Una Providencia y un hombre libre suponen un fin, cuya adquisicion debe ser obra de ambos. Este fin ha de ser conforme con la humana naturaleza, cuya esencia es un espíritu aspirando al infinito, sirviéndose accidentalmente de una materia que le aprisiona. De este modo llegamos á la verdadera filosofia de la historia, á esa ciencia que hace catorce siglos inventó San Agustin, que desarrolló el Aguila de Meaux, y que en vano intenta hoy eclipsar el hegelianismo. Así tambien llegamos á conocer el verdadero fin del individuo y de la sociedad, eseritos con indelebles caracteres en el Catecismo y en el Apocalipsis.

El fundamento de la ciencia sublime es la revelacion, ó de otro modo, la Teología no es mas que la aplicacion del raciocinio á esa sobrenatural ensenanza. He procurado, Excmo. Sr., esponer rápidamente y en conjunto las grandes aplicaciones de la revelacion, y por consiguiente de la Teología, despojando á esta de ese carácter misterioso que, como ciencia sagrada, posee dentro del santuario. Pero no es ese su principal carácter. Tan maravillosa fecundidad, tan sorprendente aptitud para resolverse en práctica, se funda en que antes de todo es la ciencia de la Religion, la ciencia del Infinito. Si tan admirablemente desata los enigmas humanos, es porque ya ha descifrado algunos de los secretos divinos; porque en ella se conocen, aunque nó se comprendan, todos los misterios, los misterios de Dios, los misterios del hombre, y las misteriosas relaciones que unen al Criador y á la criatura. Como base de esas generales aplicaciones, co-



mo fundamento de la vida social y del individuo, estiendo sobre el mundo el orden religioso, divina incubacion que envuelve todos los seres, amplísima satisfaccion de las primeras necesidades del racional, donde el alma goza además de los mas sublimes placeres intelectuales, encontrando la clave de todos los enigmas, la primera razon del ser, la última palabra de la ciencia. Todo lo atrae á ese fecundo terreno. Allí da la verdadera nocion del espíritu, la nocion del hombre, la nocion del ángel, la nocion de Dios; y del profundo conocimiento en cuanto la razon alcanza de todos los seres, deduce las relaciones que forman la armonía del universo. Por una necesidad esencial va poniendo el sello divino en todo lo que explica, y alumbrando con la luz del misterio las oscuridades de la ciencia. A cada paso despeja las incógnitas humanas con incógnitas eternamente indescifrables, hasta sojuzgar el corazon y abrumar la inteligencia con el conocimiento que da del verdadero y eterno Ser en el misterio de la Santísima Trinidad. ¿Y es, por ventura, extraño que existan misterios en la ciencia de Dios? ¿Es concebible el Infinito comprendido por el finito? El misterio, además, no es la contradiccion, no es la nada estéril y mortal, no es la oscuridad absoluta; es un sol envuelto entre nubes y celajes, un océano de luz escondido á nuestra vista, una antorcha brillando en medio de tinieblas, como le llama san Pedro, *lucerna lucens in caliginoso loco*. En él está el verdadero objeto de la inteligencia, porque la ciencia humana no es sino el prefacio de la inmensa escondida sabiduría que el misterio anuncia, como anuncia la aurora la magnificencia del sol.

Es cierto que donde la razon, la evidencia y la filosofia acaban, allí empieza la Teología. Mas ¿se quebrantan tal vez por eso los derechos de la razon? ¡Ah, cuán pobre es su obra! Aparte de las ciencias exactas y naturales, ¿qué puede sin apoyo en el inmenso campo que le resta? Si algo adelantó en él, ¿dejó por un instante de alumbrarse con la luz de las lejanas tradiciones? ¿Es acaso toda la antigua filosofia parto exclusivamente suyo? Y aunque lo fuera, ¿tendria de qué envanecerse por ello? No: el espíritu del hombre se honra, se fortalece, crea, como he dicho, con la Teología. Si la razon, la evidencia y la filosofia caen en sus umbrales, es para levantarse mas robustas y vigorosas, para brillar mas bellas despues de su postracion. No consiste solamente la ciencia sagrada en prestar el asenso de la voluntad á lo que no se comprende, reposando despues el entendimiento, satisfecho de su obediencia: entonces no pasaria de ser un hecho psicológico, abriendo la tumba de la razon. La Teología no es la fe, es la ciencia de la fe, la aplicacion del raciocinio á la revelacion, el ejercicio de la actividad del alma sobre un grandioso y sublime objeto. Con su poderoso auxilio, con las alas que le presta, se lanza la razon á un nuevo viaje, en el que inventa la ciencia de Dios, del hombre, de la sociedad, y utiliza en bien de la humanidad las exclusivamente racionales. Así



es como en vez de morir en sus brazos engendra la Teología una razón completa, una evidencia brillante y una filosofía justa, perfecta y verdadera. Ella es la ciencia madre, la ciencia propiamente dicha, porque en ella están los principios de las ciencias fundamentales y el fin de todas las especulaciones del espíritu humano. Sus principios son eternos y evidentes como la conciencia, porque consisten en la palabra divina, en la infalibilidad de Dios. Si, digámoslo muy alto, que esto nos ennoblece y tranquiliza: la Teología es ciencia de autoridad; pero esa autoridad es la de Dios. ¿Reposará la razón tranquila sobre ese testimonio?.....

Excmo. Sr.: feliz yo si he logrado ofrecer á vuestra consideracion los esenciales caracteres de la ciencia que nos ocupa. Ciertamente este rápido bosquejo no será infructuoso: él es necesario para responder á la siguiente pregunta. ¿Es ó no importante la Teología en el siglo décimonono? ¿Hasta qué punto puede servir á la causa de la humanidad?

El siglo XIX es grande. Hé aquí una confesion que se escapa de todas las bocas y que atruena continuamente nuestros oidos. Todos los hombres de los mas opuestos bandos vienen á encontrarse en este fallo supremo; pero por distintos caminos, y cada cual á su manera. Unos pronuncian estas palabras con el júbilo en el corazon, otros con turbacion y recelo. Sin duda «el hecho característico, el hecho inmenso de la «civilizacion moderna, dice Mr. Guizot, es el acrecentamiento prodigioso «de la ambicion y del poder del hombre. Recorred en vuestro pensamien- «miento lo que ha pasado en estos últimos siglos y lo que pasa en nuestros «días; esta larga série y esta vasta reunion de trabajos y de obras huma- «nas en todos géneros, en todos lugares, tantos secretos penetrados por «la ciencia, tantos monumentos levantados por el genio, tantas riquezas «creadas por la industria, tantos progresos de justicia y bienestar intro- «ducidos en la condicion así de los pequeños como de los grandes, así de «los débiles como de los fuertes; el hombre paseándose como señor por «todos los espacios de la tierra que habita y sondeando con mano firme los «mundos que no puede pisar; el pensamiento derramando sus descubri- «mientos y sus ideas en todos los pliegues de las sociedades humanas; la «materia bajo todas sus formas domada donde quiera y sometida al ser- «vicio del hombre; este ardor expansivo y ascendente que circula por «todo el cuerpo social; esta actividad universal é incesante, é incesante- «mente fecunda, que todo lo pone en movimiento y en obra á provecho «de todos. Nunca el hombre habia marchado tan rápidamente á la con- «quista y á la dominacion del mundo; nunca en su calidad y con sus fuer- «zas de hombre habia ejercido tanto imperio sobre la naturaleza y sobre «la sociedad.»

¿Quién no suscribe esta brillante descripcion? Todos confesamos el poder del hombre y las ventajas incontestables de la moderna civiliza-



cion, y admitimos con placer ese hecho innegable. ¿Pero es esto todo? ¿Es ese el siglo XIX? El mismo Mr. Guizot prosigue: «No se me oculta cuanto hay en esto de malo y de peligroso, de embriagador y de ilusorio. Nadie mas convencido que yo de los inmensos errores y de los funestos descarríos de nuestro tiempo.» Desarrollemos este pensamiento. El hombre, poderoso, inteligente, activo, en el abuso de su libertad ó en el uso de la licencia: una novedad de enturbiado origen, minando el imperio pacífico de eternas verdades: la conciencia humana basada sobre estraños y arbitrarios principios: una sociedad mal segura en sus cimientos, y las mismas convulsiones amagando el santuario de la familia: una ciencia rica, espléndida, grandiosa, pero fraccionada, sin objeto final ó con torcidos fines y sombreada por brillantes sofismas: una razon laboriosa, incansable y tambien vana, soberbia y frecuentemente impía, tan rica de verdades como escasa de verdad, mas soñadora que sabia, recusando una sola autoridad mientras las admite todas, é impotente en medio de sus triunfos: el campo intelectual dividido, cubierto con los restos de infinitas verdades y penosamente alumbrado por un sol cuya frente empañan intermitentes borrascas: una moral equívoca, las mas veces acomodaticia y con frecuencia sujeta al interés: el egoismo como fruto dañado de tantos corrompidos gérmenes, y el corazon, casi violentados sus espontáneos instintos, latiendo sin cesar menos al influjo de esa idea que engendró su primer latido. En general, la duda en el mundo científico, la indiferencia en el religioso, el egoismo en el moral, y en la sociedad inquietudes y desconfianzas. Ya que los hechos la rechazan, un perpétuo aplazamiento de felicidad, un doloroso presente y un oscuro porvenir. Penoso es confesarlo; pero, aunque tosco, ese retrato es fiel de la época presente. Y sin embargo, el siglo XIX es grande: considerado de ambas maneras, esto es innegable. Y es que la grandeza es independiente de la bondad: el cielo es grande, mas tambien lo es el abismo.

Verdaderamente la grandeza de nuestro siglo es estraña; tiene algo de siniestra. Cuando en presencia de su augusta y terrible magestad el ánimo cae en la contemplacion, mil diferentes y aun opuestas ideas lo combaten, mil sentimientos distintos lo poseen, y de esta oposicion de ideas y sentimientos resulta una congojosa duda en el juicio, y una duda tambien congojosa acerca del porvenir. Las claves de las diversas filosofías de la historia no dan de él un conocimiento conforme con los eternos principios de justicia y en armonía tambien con los sentimientos del corazon: tan diferentes son los elementos que lo constituyen, tan variadas las fases que presenta al observador. Por eso una cosa sobresale, destacándose fuertemente sobre el conjunto; el contraste, la lucha entre los mas opuestos principios. Ese dualismo, que reside en las entrañas del individuo y de la sociedad, es hoy mas pronunciado que en las demás épocas



de la historia, en las cuales dominó siempre con mas ó menos violencia alguno de los principios supremos. Tanto el bien como el mal existen en nuestros días generalmente admitidos, uno al lado del otro, y esparciendo rápidamente su sávia salvadora y su mortífero veneno.

Y es que colocado el mas alto en la escarpada pendiente que sube la humanidad, siendo el décimonono el último siglo de la historia, ha recibido en su seno todos los trabajos y riquezas acumulados en su vida por la inteligencia del hombre. En presencia de este legado inmenso abrió con arrogancia un solemne juicio á la razon humana, desprendiéndose, sin duda para ser imparcial, de todas las ideas que el tiempo y la conciencia habian autorizado, puesto que no debian hacer valer en adelante mas legitimidad que la adjudicada por este fallo inapelable. Pero obedeciendo á una eterna ley del espíritu se arraigaron en su débil corazon los objetos que estudiaba su inteligencia, abortando las creencias mas diversas como resultado de tan dilatado exámen. Así es como aceptó y conserva los mas contradictorios principios. Preguntad si no á nuestro siglo por sus ideas religiosas, y lo vereis incluir en su profesion de fe con la doctrina de Jesucristo al ateismo, aunque por una noble inconsecuencia no confiese ese baldon de la criatura racional (1); preguntadle por su filosofia, y al lado de la de Santo Tomás, de Descartes y de Malebranche, vereis alzarse los mas estraños delirios que la razon privada de la fe acumuló en su historia; preguntadle por su teoría de la sociedad, y os espantará junto al órden existente las generosas locuras de Saint Simon, de Fourier, de Luis Blanc y de Proudhon; preguntadle, en fin, por la naturaleza del individuo, y observareis cerca del hombre del paraiso á ese otro monstruoso boceto humano despertando de su letargo en un perpétuo desarrollo, á ese estraño Adán, informe y mutilado, que tan brillantemente describe la retrógrada escuela del progreso indefinido.

Excmo. Sr.: en medio de ese raro conjunto y disonancia que ofrece nuestro siglo, obsérvase, si bien se mira, una causa general de su crítica situacion, á saber, la debilidad del espíritu humano. Si, ese tambien es el hecho característico, el hecho inmenso de la moderna civilizacion. Tal vez parezca audacia suma afirmar esta verdad hoy que la inteligencia del hombre, cargada de laureles y sobre el pedestal de la naturaleza casi

---

(1) La doctrina de las escuelas alemanas acerca de la existencia de Dios se contiene en la fórmula siguiente: *Gott ist in werden, Deus est in fieri*. Pero afirmar que Dios está por hacer, que vive á medias, que se aumenta y crece, cada día menos imperfecto, elaborándose en continuos desarrollos el complemento futuro de su existencia, es, además de una subversion de los principios de la metafísica, establecer audazmente el ateismo con cierto orgulloso alarde de sabiduría. Si la razon del hombre no ha sido siempre un delirio, ni la conciencia del género humano una mentira, un Dios imperfecto en sus esenciales atributos no puede elevarse á la categoría de *cosa*, mucho menos á la de Dios.



sojuzgada, parece exigir homenaje á los cielos y á la tierra. Sin embargo, bien considerado, hay en ese pomposo alarde mas presuncion que fuerza, mas soberbia que pujanza. No voy, Excmo. Sr., á condenar desde mi pequeñez las glorias de la razon; no es esto levantar mi débil voz para cercenar una parte de su magnífico tesoro, ni á lanzar en tono declamatorio el anatema á la frente de mi siglo, sin duda el mas importante de la historia: consigno solamente un hecho que lo caracteriza. El mal no es de hoy. Si el presente lo cansa y fatiga y el porvenir lo inquieta, esas fatigas é inquietudes vienen preparándose hace treseientos años. Hacia quince siglos que el espíritu humano elaboraba dentro del círculo teológico una ciencia, cuyas especulaciones, despues de ponerlo en paz consigo mismo, le habian prestado robustez para lanzarse á descubrimientos futuros, y cuya práctica engendrara una grandiosa y varonil civilizacion, gérmen precioso de la que hoy nos envanece. Al llegar el siglo XV, permítaseme la espresion, la lógica de la Providencia iba á realizarse. Constituidos el órden religioso y el moral, formada ya la conciencia del individuo y de las sociedades, rica con estas fundamentales adquisiciones la razon, debia lanzarse á la conquista de la naturaleza, y á suavizar con un grado mayor de ilustracion las rígidas formas de convicciones demasiado exclusivas. Pero entonces, en esta situacion crítica y solemne que iniciaba el renacimiento, se verificó el divorcio entre la filosofía y la teología, entre la razon y la religion, lamentable acontecimiento que jamás deplorará demasiado la humanidad. Púsose entonces la razon á bosquejar una nueva creacion, alentada por las hermosas conquistas que adquiria en otros ramos del saber con los admirables auxilios de Bacon, de Galileo, de Newton y de Descartes, conquistas que en nada habria amenguado la influencia teológica que encendió tan poderosos genios. Pero siendo imposible esta obra al entendimiento aislado, sucedió el fenómeno que llena la antigüedad; la razon cayó sobre sí misma, aquejada de impotencia, y se substituyó á la ciencia sagrada un nuevo paganismo, mas orgulloso y perjudicial: una vez desasida del áncora de la revelacion, rodó del protestantismo al filosofismo, despues al naturalismo, luego al materialismo, hasta caer desvanecida y deshonrada en el escepticismo. Hé aquí tres siglos perdidos para la ciencia y para la felicidad del género humano. Si al compás con que avanzaba en los conocimientos naturales y exactos, utilizándolos en provecho del hombre con sus aplicaciones á la vida, no hubiera retrocedido en las morales especulaciones, el dominio de la razon seria hoy mas estenso, la sociedad mas feliz y ella dispuesta á terminar su obra.

Por el contrario, ese trabajo de destruccion la envuelve entre ruinas que su cansada mano no puede apartar para edificar de nuevo. Al arrancar de la conciencia las antiguas y racionales creencias, las ideas que es-



tas sustentaban, las importantes cuestiones que resolvían, bruscamente se paradas de su base, quedaron en el aire á merced de todo viento de doctrina. Imposible era desconocerlas; y siendo tambien imposible penetrar su oscuridad, el espíritu humano se limitó á plantear indefinidamente los problemas cuya solucion olvidara, aventurando acerca de ellos diferentes afirmaciones. La ciencia además ha sido fraccionada, entorpeciendo su marcha hácia la unidad, y rota la armonía entre las facultades del hombre, educadas en lamentable desproporcion. Por esto la inteligencia y la imaginacion no se armonizan hoy en ningun objeto, siguiendo por distintos rumbos sus naturales desarrollos.

Entretanto el espíritu del hombre, orgulloso con sus triunfos, se extravió, pretendiendo colocarse fuera de la ley de los seres racionales: con el abuso de sus santos é indisputables derechos perdió de vista su origen y sus deberes; desconoció el deber de la obediencia, las limitaciones que tiene dentro y fuera de sí mismo, la necesidad y el mérito de un sacrificio, y se ha entregado en brazos de la pasion mas noble y temible del ser racional; el deseo immoderado de saber, ó la pasion de la inteligencia. Así es como el rompimiento entre la filosofía y la Teología trajo consigo, con la pérdida de un tiempo precioso, el decaimiento del espíritu. Sí; su obra es grande, magnífica: ¿quién se atreverá á negarlo? Pero está muy lejos de ser lo que debiera. Aquí es donde la Teología, levantándose en nombre de la razon y del género humano, echa en cara al espíritu moderno su debilidad y su ignorancia.

Ahora bien, Excmo. Sr.: considerando atentamente al siglo décimonono, la causa primera y mas universal de su presente estado y el objeto de su mision en la historia, échanse de ver tres necesidades imperiosas para reformar el presente y fecundar el porvenir, que la Teología y solo la Teología puede satisfacer. Necesita una idea para su inteligencia, un sentimiento para su corazon y una teoría que practicar conforme con las leyes y destino de la naturaleza humana. Pero esa idea y la ciencia que ella engendra es la Teología, y ese sentimiento está en la Teología, y tambien ella comprende una práctica racional, conveniente y exenta de temores y peligros.

El progreso verdadero, diré mas, la existencia misma de todos los seres es incomprendible mientras no se verifique con arreglo á las leyes de su naturaleza. Sin esta condicion su vida es débil y su perfeccionamiento un retroceso. Aplicando esta regla á los seres inteligentes, en los que ciertamente es mas rigurosa su observancia, resulta que cuando la razon humana despliegue su actividad sin someterse á las leyes inviolables y sagradas que constituyen su ser, se suicida en cierto modo, porque hace imposible su progreso. Hace mas de dos siglos que, engañada acerca del asunto mas importante, se entregó á un trabajo deletéreo; se desconoció



á sí misma , llegando hasta trastornar á su antojo y en provecho suyo el orden de la Creacion , empenándose en borrar de su frente la gloriosa marca de criatura privilegiada , para sustituirla con el sarcástico título de creador. De este modo el inmenso beneficio que le otorgó la revelacion , instruyéndola acerca de su naturaleza , quedó infructuoso , y ha corrido el inminente riesgo de perder con esa verdad todas las que llovieron sobre la tierra , entregada á las disputas de los hombres. Imposible es marchar adelante sin conocerse profundamente : sobre esta nocion ha de levantar su obra , y sin ella serán infecundos los frutos de la inteligencia. Donde esta enseñanza admirable y salvadora exista , allí la razon debe abrazarla , porque con ella recibe su salud. Ved aqui á la Teología satisfaciendo la primera necesidad del ser moral , ó el primer fruto de esa idea que hoy falta á la inteligencia de nuestro siglo. Porque hoy como siempre la ciencia divina trae consigo la esplicacion de las cosas , que sin su auxilio serian inesplicables , entre las cuales tiene principal lugar el cabal conocimiento del alma humana. Solamente ella supo responder á esa pregunta que por espacio de cuatro mil años vino haciendo la humanidad. Ella sola tambien enseña á la razon sus derechos , le prescribe sus deberes , le manifiesta la naturaleza de la verdad y la parte que en su elaboracion y adquisicion le corresponde. Ella la dirige , le aconseja , le enseña el uso legítimo de sus fuerzas , marcándole los límites de su imperio. Ella , en fin , llamándola dentro de sí misma , ilumina con luz superior las oscuridades de la conciencia para que se conozca , y poniendo en su mano el verdadero cetro de la Creacion , le señala en el vasto campo de las especulaciones intelectuales el único sendero iluminado por los resplandores de la Cruz. Su eficacia va mas allá. Así como desconociéndose está espuesta á ignorarlo todo , así tambien con esa ilustracion empieza á libar el cáliz saludable , en cuya última gota recibe el complemento de su salud y de su ventura.

Pero otro servicio no menos importante y de urgente é inmediata aplicacion presta á la inteligencia esa idea que envuelve la Teología. El estado en que se halla el mundo científico debe concluir , porque solo á ese precio es posible la felicidad. Esa fluctuacion de los mas necesarios principios , en la que se agitan fuera de su centro intereses tan caros para la humanidad , es tan violenta como peligrosa. Pesa sobre la razon el deber de reintegrarla en el tesoro que su análisis le arrancó , de resolver las trascendentales cuestiones que solo supo proponer , de uniformar los juicios sobre un punto de tamaño interés , de buscar la paz de las sociedades en la paz de los entendimientos. ¿Cómo dará cima á esa empresa sin la Teología? Sin ella es imposible , y la historia de tres siglos lo dice con terrible elocuencia. Satisfecha esa urgente necesidad , y echados los cimientos del futuro trabajo , la Teología se presenta en los umbrales del porvenir , ofreciendo á la razon en el término de su progreso la gloriosa corona de la humana sabiduria.



Tal sería el mas bello fruto de la influencia teológica sobre el espíritu de nuestro siglo: abrirle los horizontes del porvenir, realizar en cuanto es posible una aspiración sublime, ayudarle á ligar entre sí las verdades parciales de todas las ciencias para encontrar en su armonía la verdad, la sabiduría. Porque existe hoy un hecho de altísima importancia que caracteriza la época presente. En medio del caos que ofrece la moderna filosofía, en la general confusión que presenta el mundo científico, en la agitación de tantos elementos, y como objeto final de esa actividad devoradora del espíritu, se vislumbra una cosa grande, la unidad de la ciencia.

A ese fin marcha sin clara conciencia de ello la inteligencia, por medio de su inmensa elaboración: á cada descubrimiento, á cada paso en sus conquistas, los principios se simplifican y encuentran fórmulas sencillas, sintéticas, donde brilla la luz que antes persiguió en largas y laboriosas inducciones. De una parte, la naturaleza y las aspiraciones de la inteligencia divisan, siquiera sea en oscura lontananza, ese término sublime, y de otra, sus malos hábitos dificultan grandemente su realización; dudoso es para nosotros, mas en la duda es altamente digno y necesario esforzarse para alcanzarlo. A juzgar por lo que vemos, está próximo ese acontecimiento que sesenta siglos vienen preparando, y el décimonono parece destinado, si no á terminar la obra, por lo menos á empezarla. Las riquezas allegadas por la razón en el discurso de su vida son inmensas. Despues de trescientos años de minucioso exámen, en que aceptó y desechó sucesiva y arbitrariamente cuanto alcanzaba, sobrecargada además de la herencia de las edades con sus últimas conquistas, parece haberse detenido para reconstruir: despues del análisis ha llegado la síntesis. Pero ¿cuál será su fundamento? Ella ha pensado que algo debe existir al fin de tan largo viaje, que de todos los principios se ha de deducir una última consecuencia, que todas las consecuencias deben llegar á un primer principio: ella, en una palabra, ha sentido al infinito en los confines de la ciencia. Pero ¿cuál es ese principio? ¿Dónde está el infinito?

¡Ah! desgraciadamente para la humanidad, existen en esta cuestion suprema dos soluciones distintas: la solución racionalista y la solución católica. Cuando la razón extraviada se puso á descifrar este enigma, abortó un error anticuado: su síntesis fué el panteísmo, y su infinito el yo. Largo sería entrar en la refutación de ese sistema, cuyo origen se pierde en las sombras anteriores á la historia, y cuya vejez en vano quisieron encubrir los talentos de Hegel y Cousin. Todos saben que el panteísmo es una vasta confusión de lo infinito y lo finito, que se resuelve en una universal negación, en un temeroso caos, donde una inteligencia desordenada hacina las ruinas del cielo y de la tierra.

Pero si el panteísmo nada resuelve con su vasto nihilismo, la Teología católica todo lo aclara y esplica. Basta recordar, Excmo. Sr., la ligera es-



posicion que de esta ciencia hice en el principio, para conocer que en ella está la satisfaccion amplísima de las necesidades de la razon. Solamente la Teología tiene derecho á constituir esa vasta sintesis, porque en ella, como he dicho, tienen su fin todas las ciencias, y muchas de ellas sus fundamentales principios. Dando la verdadera y exacta nocion del Ser infinito, encierra en su ancho seno todas las especulaciones humanas, porque, en último resultado, la ciencia no es mas que la pronunciacion lenta y trabajosa del nombre incomunicable, la demostracion del ser por esencia, la ascension por lo finito hasta el infinito, el hombre elevándose á Dios. Ved si no todas las ciencias, mas ó menos directamente, como lo suponen. La metafísica tiene por fundamento su idea, las matemáticas se pierden en su seno, las ciencias naturales analizan su obra, admiran sus maravillas y se detienen ante sus misterios, y las ciencias morales, la ciencia del alma y del corazon no son sino un eterno discurso acerca de Dios. Por todas partes el espíritu llega hasta Él, y es como la luz brillando sobre la cumbre de un monte, á la que se llega por todos los senderos. La Teología coloca al infinito como última consecuencia, como primero y fundamental principio, y de este modo pone al fin de nuestro viaje un objeto especulativo en grado eminente, y práctico en eminentísimo grado; un objeto que absorbe nuestra actividad, no porque la destruya, sino porque la reconcentra en un acto perpétuo, tranquilo y sereno: llena, pero no aniquila el entendimiento y el corazon. Así es como, conservando al hombre en su esfera, perfeccionando siempre al finito, no alienta con peligro el orgullo humano, ni turba profundamente, como la solucion panteista, el mundo de las ideas.

Ella es, pues, por su índole la clave de los adelantos intelectuales, la base del legítimo progreso. No tema la razon humana de su parte el mas liviano impedimento; por el contrario, con su alianza vencerá todos los obstáculos, con sus alas se remontará á todas las alturas, sondeará los mas hondos abismos, y alcanzará, en cuanto es posible en el mundo, la ciencia trascendental. No, mil veces no. La Teología robustece, no debilita la razon. ¿Hasta cuándo durará la confusion de ideas sobre tan importante asunto? Si esta verdad llegara á aceptarse, comprenderian los que abogan por los exagerados derechos de la razon que nada ni nadie es tan racionalista ni tan amante del verdadero progreso como la Teología y los que militan bajo sus banderas.

Además, falta al siglo décimonono un sentimiento que encienda y fecundice su corazon. Exemo. Sr.: desde que un hermoso y desgraciado genio disertó admirablemente sobre *la indiferencia en materias de religion*, nadie puede engañarse acerca de la mas honda dolencia de nuestro siglo. Sin duda tambien el hecho característico, el hecho inmenso de la moderna civilizacion es el resfriamiento de su corazon, que hay en



él otra enfermedad además de la que debilita su entendimiento.

Salta, en efecto, á la vista, considerando la vida de las modernas sociedades, ese culto exagerado de la inteligencia en perjuicio del sentimiento; esa actividad febril que precipita la existencia del alma, absorta en una investigacion continua, olvidada de las delicias espirituales, cual si temiera sentir menguar en ellas la pujanza que necesita para seguir adelante; esa frialdad, escondida bajo la despreocupacion, hija legítima de la soberbia, que prohíbe todo arranque de simpatía, de admiracion y de entusiasmo; la exagerada igualdad de todos los derechos que ha traído consigo, con la nivelacion de las gerarquías, la nivelacion de todas las ideas y de las mas altas instituciones; ese egoismo, que, cerrando el corazon, sustituye en la sociedad los vínculos naturales del afecto y el amor con los del cálculo y el interés; esa tolerancia petulante y orgullosa, que concede proteccion á todas las verdades y llama hasta las mas escelsas ante su razon para juzgarlas con incomprensible indiferencia; esa esclavitud, en fin, del alma, en la cual la utilidad regula y dirige la espontaneidad de la inspiracion. Todo se resiente de esa falta de sentimiento; el arte bajo su múltiple forma, nuestras costumbres, nuestras instituciones, y en una palabra, nuestra civilizacion. Esta es brillante, grandiosa; pero exageradamente severa, pálida, privada de esa exuberancia de vida, de ese vigor fecundo que comunican las nobles y generosas pasiones del ser racional.

Mas advirtamos que solo un sentimiento puede calentar el corazon de una sociedad, porque solo él es suficientemente grande y poderoso para cundir, lejos de perderse, en el comercio de los espíritus, y despertar á su impulso todas las nobles aspiraciones. Este sentimiento, cuya ausencia es sintoma temible, es el religioso, sávia fecundante de todas las civilizaciones, base fundamental de los mas robustos imperios.

Si tan alarmante es la pérdida de ese sentimiento, y en las sociedades modernas se debilita, es evidente la urgencia de su rehabilitacion, á no ser que el racionalismo encuentre en el progreso un estado en el cual el mundo pueda pasarse sin Dios, invencion que ciertamente seria muy peregrina. Ese sentimiento es el catolicismo: ¿y qué es la Teología sino su fórmula científica, su explicacion y desarrollo racional?

Y si es una ley del mundo moral el poderoso influjo del corazon en las esferas de la inteligencia, consideremos el servicio que hoy puede prestar á la causa de la humanidad el sentimiento, armonizado con la razon, en el seno de la Teología. Él puede reformar la ciencia, y sustituir á la universal influencia del egoismo la universal y saludable influencia de la fe. ¡La fe! ¡Cuántas prevenciones se despiertan al escuchar esa palabra! ¡Como si el imperio de una idea no pesara siempre sobre la razon, envolviéndola y siendo pasto del alma como idea y como sentimiento! ¡Cómo si el



hombre no obedeciera siempre á un principio mas ó menos oculto, norma de su conducta, que traza á su alrededor un estenso círculo donde se mueven holgadamente todas sus potencias! Unas veces ese imperio es el de las preocupaciones, otras del egoismo, otras de la religion: todos forman como la atmósfera del alma, todos son fe. Mas á cualquiera se le alcanzan las ventajas de la católica: ninguna es tan suave y tan conforme con la naturaleza del hombre; ninguna como ella armoniza la razon, el corazon y la imaginacion, que es sin duda la mas difícil de todas las armonías, la mas laboriosa de las conquistas humanas.

Precisamente la adquisicion de ese bien debe ser el ópimo fruto de los trabajos del espíritu. Porque se engaña la razon si cree que su destino en el mundo es vivir para la inteligencia, multiplicar sus fuerzas y hacer orgullosa ostentacion de su poder. Pensar así es errar peligrosamente, desconocerse á sí misma, y confundir el fin con los medios puestos á su alcance para conseguirlo. Su destino es mas grande y elevado. Es tomar al ser racional con las aspiraciones de su inteligencia, con las inclinaciones de su corazon, con sus instintos sublimes y torpes deseos, y armonizar sus opuestas tendencias, sus movimientos contradictorios; encerrar en el verdadero cauce las facultades que se desbordan, y marcando á cada una su objeto, hacerlas concurrir á un fin general, que, en último resultado, no es otro que la armonía de la libertad humana con las eternas leyes de la Providencia. Debe, sobre todo, habiendo satisfecho ya las necesidades legítimas, dirigir por ciertos rumbos á su verdadero objeto, esa otra aspiracion suprema, fruto de todas las parciales aspiraciones, que se despierta imperiosa y solemne, conmoviendo profundamente al espíritu inmortal; la aspiracion al infinito. Que no es cuerdo ni justo fraccionar el ser moral y lanzar á la inteligencia en alas de una imaginacion ardiente sin el contrapeso del sentimiento; que es altamente peligroso hacer latir el pecho humano bajo la impresion del orgullo mientras el pensamiento despliega su actividad; que es fin contra la naturaleza secar esa constante fuente de salvacion, aniquilar ese último criterio del instinto, olvidándose de que la filosofía que no se apoya en el corazon, no edifica sino que destruye.

Solamente á ese precio la ciencia será un bien, será útil y gloriosa, porque tendrá un fin práctico y conforme por consiguiente con la naturaleza del hombre. Solo así, despues de llenar prudentemente el deseo de saber y la necesidad de sentir lo mismo que se sabe, fecundará la ciencia una sociedad y constituirá la verdadera civilizacion, aquella civilizacion, que, segun Balmes, ese hombre insigne, ornamento glorioso de nuestra patria y honra de la razon, consiste en la mayor inteligencia, moralidad y bienestar posibles del mayor número posible. ¿Podrá acaso llevarse á feliz término tan hermosa obra sin la Teología? No, Excmo. Sr.: ¿pues qué



es lo que acabo de describir sino su eficaz accion en el mundo moral? Ella es la armonía de la razon con la fe ó del pensamiento de Dios con el pensamiento del hombre, esa idea admirable que formularon en ciencia Orígenes, San Agustin, Santo Tomás y Bossuet; en inefables delicias espirituales San Buenaventura, Kempis y Santa Teresa; en el arte de las maravillas, Rafael, Miguel Angel, Herrera, Murillo; en cantares admirables y eternos Dante, Milton, el Tasso; en pensamientos de ángel San Francisco de Sales, San Vicente de Paul, Rancé; en gigantes y grandiosos proyectos Gregorio VII, Inocencio III, Julio II y Pio IX.

Por último, Excmo. Sr., como resultado inmediato de esa divagacion de los espíritus, que he señalado como carácter general de la época presente, se observa en nuestros dias en la práctica la misma incertidumbre que en las teorías: las sociedades, entregadas á violentas y continuas oscilaciones, son una elocuente prueba de la duda general acerca de los principios fundamentales. El racionalismo ha abortado en nuestro siglo diferentes teorías mas ó menos irracionales y utópicas; ha ofrecido á los pueblos varios modos de existir, en los que la novedad llegó hasta presentar nuevas bases para la conciencia, para la familia y para la sociedad, y pensó con candidez en la verdad de su realizacion, poniéndose audazmente á practicarlas (1).

Y sin embargo, fuerza es confesar que en esto como en todo la verdad es una, y por consiguiente, unos han de ser los verdaderos fundamentos del orden social. Fácil empresa seria la eleccion de la única teoría que los contiene si se presentaran en concurso todas las que aspiran á ese elevado rango. Una existe que hace diez y nueve siglos viene sirviendo de base al mundo, regenerando y elaborando lenta pero seguramente ese grandioso edificio llamado civilizacion europea. Ciertamente esa teoría no alegara tan estraña y prodigiosa antigüedad si no se adaptara perfectamente á la naturaleza, aspiraciones y facultades del ser racional; si no fuera la práctica fiel de un orden especulativo, la realizacion de una idea, ó mejor dicho, de un orden de ideas vasto y comprensivo de todas las necesidades del hombre y de la sociedad en las varias facetas de su existencia; si no fuera, en fin, la manifestacion viviente, la personificacion de una ciencia que abraza en sus especulaciones todas las armonías del orden moral, que sin ella serian, como fueron cuando se la abandonó, fatales disonancias. Ya se deja entender, Excmo. Sr., que hablo de la Teología, de esa ciencia que, como hemos visto, comprende el orden social, porque contiene en sus dominios el religioso, el moral, el intelectual, cuyas grandes manifestaciones constituyen la vida de las sociedades.

Se ha dicho, es cierto, que el cristianismo es antiguo, que ha pasado,

(1) Testigos las intentonas de aplicacion práctica del sansimonismo y fourierismo en Francia.



y que á un grado mayor de civilizaci6n corresponde un 6rden social distinto. Pero el buen sentido del mundo, diré mas, su instinto de conservaci6n, ha rechazado esas declamaciones, que pasaron con los nuevos sistemas, sin dejar rastro en la sociedad, ni de su caida, ni de su aparici6n. Y si la avidez de progreso que hoy nos posee las ha condenado, seguramente no serán un adelanto.

Forzoso es concluir, Excmo. Sr., y contentarse con una lijera exposici6n de los tres gravísimos puntos que rápidamente he desenvuelto para desarrollar mi tésis.

Hemos visto á la Teología con sus grandes enseñanzas, con sus importantes soluciones y aplicaciones universales, con su carácter divino y humano á la vez, responder admirablemente á las necesidades de este siglo, que, bien mirado, las tiene imperiosísimas y urgentes: la hemos visto con su aptitud para robustecer el espíritu humano, llenar con creces esa aspiraci6n sublime que hoy mas que nunca conmueve las inteligencias é imprime raudo vuelo á la ciencia humana: la hemos visto, dándole la verdadera noci6n de su destino, ofrecerle su auxilio para equilibrar las facultades del hombre, fecundando el coraz6n, árido y desecado por los vientos del orgullo y de la indiferencia: la hemos visto, en fin, encerrando la vida de la sociedad, brindarse á la raz6n moderna para desarrollar y llevar á feliz término la civilizaci6n cat6lica.

¡Ojalá que libres los entendimientos de preocupaciones añejas y de bastardas convicciones aceptaran la única doctrina que puede llevarlos al hermoso término que hoy agita á las almas generosas; á conquistar un dichoso porvenir! ¡El porvenir! ¡Qué honda sensaci6n estremece el alma ante ese enigma insondable! Una secreta y poderosa simpatía dirige hoy todas las miradas hácia sus profundos misterios: no sé qué inquietador presentimiento atormenta al coraz6n mientras la duda turba la inteligencia cuando en él se fija la vista.

Sin duda, diré sirviéndome del tecnicismo de los sansimonianos, estamos en una época crítica, tras de la que avanza á grandes pasos la época orgánica; ¿pero en qué sentido? ¿cuál será ese organismo? La idea precede al hecho, y si por fortuna todas las teorías no pueden resolverse en práctica, siempre será ese terreno el reflejo del espíritu. Así pues, lo que sea la raz6n del hombre, lo que comprenda su ciencia, eso serán las futuras generaciones. Dificilmente se torcerá en adelante el rumbo que hoy se imprima al pensamiento: no será ya tiempo de retroceder si es malo, y en vano serán, si es bueno, los esfuerzos del racionalismo devastado. Hé aquí por qué nuestro siglo es grande: su importancia consiste en que debe fijar los supremos destinos: el porvenir será lo que él sea. Que no le asuste su tremenda responsabilidad. La empresa es árdua, mas no imposible. En su seno lleva con la herencia de los últimos siglos la heren-